



## **Estela y la Estrella de la Lágrima**

**Patricia Benito Santano.**

**Villares de la Reina, Salamanca. 15 años**

La imaginación es un duende al que hay que llamar y entretener para que no se marche lejos, a otro mundo. Laura se ve en un aprieto el día que tiene que escribir un relato como trabajo de clase. No sabe por dónde empezar. A Patricia, esta jovencísima salmantina, no le ocurrió así y nos regala este cuento con sabores de leyenda.



## Estela y la Estrella de la Lágrima

Patricia Benito Santano

Sonó el timbre de entrada para todos los cursos. Era mediados de marzo, y todos los alumnos entraban a las clases desganados y todavía dormidos.

Aquel día Laura tenía a primera hora Lengua con su profesora Luz. Sacó los libros y se sentó, sin saber qué se le avecinaba.

Lo primero que dijo la profesora de Lengua al llegar fue que debían hacer un trabajo, un relato de tema y extensión libres, que debían entregar tres días después.

Luz era una mujer que disfrutaba leyendo y, si era de un alumno, mejor. No era porque fuera malvada y disfrutara viendo a los alumnos sufrir, sino que le gustaban las historias que escribían los adolescentes; además, ponía a prueba la imaginación de cada uno para escribir el relato.

Laura se llevó las manos a la cabeza cuando recordó lo que le sucedió el año anterior. Tuvieron que hacer un trabajo similar, a ella la suspendieron y tuvo que repetirlo. Era una chica muy lista que sacaba buenas notas, pero para ella su imaginación se había evaporado. Le encantaba leer y, cuando lo hacía, su imaginación se ponía en marcha; sin embargo, cuando tenía que escribir algún relato o algo parecido, su imaginación se iba a otro mundo.

Estuvo toda la mañana angustiada por el trabajo, buscando una solución para su problema. Todos los de su clase, hasta sus amigas, tenían pensado qué escribir, pero ella no.

Después de las seis horas, por fin llegó a casa. Estaba cansada y desanimada, pues si no aprobaba el trabajo, aunque sus notas fueran buenísimas, tendría que hacer un examen sobre un libro.

Pasó por la puerta del comedor y vio que su padre estaba muy liado de trabajo. En la mesa del comedor tenía montañas de libros y papeles.

Era normal, pues era paleógrafo, es decir, conocedor de las

lenguas antiguas y también historiador. Se pasaba todo el día traduciendo textos de hace muchísimo tiempo e investigando sobre ellos para el museo en el que trabajaba.

Cuando se iba dirigiendo a la cocina, se oyó un gran estruendo. Laura al oírlo fue al comedor, donde una montaña de libros y de papeles se había desplomado al suelo. Ella le ayudó a recoger todo lo que se había caído al suelo.

—¿En qué estás trabajando ahora, papá? —preguntó ella con un montón de hojas en las manos.

—Es sobre una leyenda de la Edad Media.

—¿Y de qué trata? —a ella siempre le gustaba que su padre le contara en qué estaba trabajando.

—Trata de la leyenda del collar llamado... —buscó entre los papeles hasta encontrarlo—. Se llama el collar Estrella de la Lágrima. Cuentan que quien lo poseía, obtenía poderes sobrenaturales. También que sólo lo heredaban las chicas. Al parecer, eran brujas.

—Qué interesante, aunque las brujas no existan. Cuéntame todo lo que sepas.

Mientras recogían y ordenaban todo, su padre le contó que encontraron bajo tierra el collar, dentro de un cofre hecho de cuarzo rosa, rodeado de materiales que en la Edad Media se utilizaban para hacer brujería.

También le contó que en uno de los documentos que habían encontrado junto al collar, se decía que quien llevara puesto el colgante y llevara la sangre de la familia de brujas Clara Luna, obtendría el poder para controlar los cuatro elementos de la Tierra: el agua, la tierra, el aire y el fuego. A continuación, le enseñó un tipo de papiro con un extraño árbol genealógico y le explicó que la sangre de Clara Luna no se heredaba de madres a hijas, sino al azar. Le enseñó la foto que habían hecho al collar y que coincidía con un dibujo que habían encontrado en un libro de un monasterio, en donde estaba escrita la leyenda.

—Mira, papi —le dijo ella a su padre, señalando lo que había encontrado en un libro—. Aquí dice que han descubierto un documento en donde se hablaba de una chica que lo había llevado en la Edad Media.

—Déjame ver. Si esto es lo que estaba yo leyendo antes. —Se puso a leer y prosiguió—. Aquí cuenta que una chica de quince años, es decir, de tu edad, conocida como Estela, llevó el collar en el cuello y que, a partir de llevarlo, la gente empezó a no saber nada de ella.

A Laura se le había ocurrido una idea gracias a su padre. Le dio un beso y se fue a comer.

Más tarde se sentó en la mesa del comedor, con un cuaderno y un bolígrafo, junto a su padre. Éste la miraba extrañado, mientras ella miraba el techo pensativa.

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres verme trabajar?

—No es por eso. Necesito más información sobre Estela y sobre el collar.

Su padre dejó de mirar los libros, se quitó las gafas y se puso de pie. Mientras iba hacia la cocina, le preguntó a su hija:

—¿Para qué quieres la información, si me puedo enterar?

—Para un trabajo de Lengua. El que suspendí el año pasado y éste no quiero que me pase lo mismo.

—Me parece bien —dijo él sentándose de nuevo en la silla, dejando un café en la mesa.

—Pero, ¿tienes más información? Necesito más para saber mejor qué escribir.

—Del collar, todo esto, pero sobre la chica, no mucho, sólo los documentos del monasterio y de algunos poetas que se sorprendieron de su belleza y su forma de actuar. Ella presuntamente vivió en un monasterio hasta que desapareció.

Fue entonces cuando Laura comenzó a escribir su relato:

«La leyenda cuenta que hace muchísimo tiempo, en la Edad Media, una noche en que la luna era llena y abarcaba parte del cielo, nació una niña a la que le pondrían el nombre de Estela. A los pocos días de nacer, a su madre le comunicaron que aquella indefensa niña iba a ser una bruja de Clara Luna, pues tenía una mancha en la espalda en la que aparecía la estrella de las brujas. Por esta razón, le pusieron el nombre de Estela.

A las pocas semanas de nacer, su madre decidió abandonarla a la puerta de un monasterio. Allí la niña fue acogida como un regalo de Dios, aunque fuera una niña. Allí le dieron de comer, le dieron donde dormir y le dieron educación. Así que ella vivió sin salir de los muros del monasterio, sin poder ver el exterior; y, sin embargo, era feliz, pues soñaba cómo sería la vida en el exterior, pero a su manera.

Fueron pasando los años y su curiosidad por el exterior se iba haciendo cada vez mayor. Pidió a los monjes que le dejaran ver el pueblo, aunque sólo fuera por unos minutos. Ellos aceptaron la petición, pues había sido una chica muy buena y responsable durante todo el tiempo que había estado viviendo con ellos, pero fue una equivocación.

Don Luis era el monje más joven y el que pasaba más tiempo con Estela, por eso aceptó acompañarla al pueblo y así aprovechar para recoger una cosa.

Estela se maravilló al ver cómo era la gente de diferente y, a la vez, iguales. Lo que más le sorprendió fue ver a las mujeres con sus hijos, pues nunca había visto la escena de una madre besando a un hijo, porque ella sólo había recibido el cariño de los monjes.

Las personas que andaban por la calle cuando ella pasaba, se sorprendían de la belleza de la chica. El pelo pelirrojo, suelto y muy brillante, ojos azules como el mar y su piel blanca casi sin pecas, algo no muy común; y, sin embargo, tanta belleza vestida con un vestido muy viejo, pero bien cuidado. En la oscuridad de algunas callejuelas había alguien que se sorprendió más al verla que las demás personas, pues sabía quién era.

Don Luis y Estela entraron en la iglesia del pueblo, donde todavía no había empezado la ceremonia cristiana. Entraron los dos a la sacristía, donde estuvieron hablando con el sacerdote llamado Marcelino, quien entregó un gran libro a don Luis, para que se lo entregara al abad del monasterio. El sacerdote miró extrañado a Estela, pero ella no hizo caso de la mala mirada que había puesto.

Al final se quedaron a la ceremonia cristiana, en la que el sacerdote no dejó de mirar a Estela, mientras ella prestaba atención a otras cosas como a las personas que acudieron a la iglesia, de distinto estatus social. Vio cómo se diferenciaban las clases sociales. Nunca había visto tan hermosos vestidos y joyas como ese día.

Al salir de la iglesia y volviendo al monasterio, Estela se atrevió a preguntar al monje lo que le había estado rondando por la cabeza desde que habían salido de la iglesia:

—Don Luis, las personas con bellos vestidos son personas con mucho dinero. He visto a una persona que no parecía tener tanto dinero, dar limosna a los pobres y, sin embargo, esas personas bien vestidas no han dado limosna. ¿Por qué es eso?

—Mi pequeña Estela. Todavía eres una chica inocente —le dijo él acariciándole la cara—. Esas personas de las que tú hablas van a la iglesia para purificarse y hablar con Nuestro Señor, sin embargo, se guardan sus riquezas para ellos solos, sin ayudar a los demás, por codicia. Las personas de buen corazón, como la persona que tú has nombrado, ayudan aunque a ellos no les sobre el dinero o la comida. ¿Has comprendido mis palabras?

—Sí, don Luis, he entendido sus palabras.

Un día llegó un visitante al monasterio. Conocía a uno de los monjes de la congregación. Llegó a la hora en la que todos los monjes estaban en la biblioteca, traduciendo manuscritos. Allí también estaba Estela, que estaba ordenando todo, pues alguno de los monjes era muy desordenado. Se oyó en el silencio el chirrido de la puerta de la biblioteca. Ninguno de los monjes levantó la vista de los manuscritos, pero Estela sí dirigió la vista hacia

allí. Vio como uno de los monjes entraba con un chico algo mayor que ella. Ella volvió a lo que estaba haciendo, ya que todavía tenía que ordenar demasiados manuscritos. Se asustó cuando le pusieron una mano muy fría sobre sus hombros descubiertos.

—Tranquila Estela, soy yo —dijo el monje que había entrado con el muchacho— necesito tu ayuda.

—Sí, dígame qué necesita —dijo ella susurrando para no molestar a los demás monjes.

—Necesito que enseñes el monasterio a este chico, mientras hago mis tareas, las llevo muy atrasadas.

—Tranquilo, puede contar conmigo.

El chico y Estela salieron de la biblioteca y empezaron a caminar por el gran corredor. No mantuvieron ninguna conversación hasta llegar a la granja que había dentro de los grandes muros del monasterio.

—¿Vives con los monjes o trabajas para ellos? —se atrevió a preguntar el chico.

—Vivo aquí junto a todos los monjes.

—¿Cómo una chica como tú vive aquí?

Estela se quedó pensativa y respondió:

—Mi madre me dejó a la puerta del monasterio cuando todavía era un bebé. Debió de pensar que esto sería lo mejor para mí. Pensaría que el camino del Señor sería lo mejor para mi futuro. Los monjes siempre me repiten que soy una bendición de Dios.

El silencio volvió otra vez, pero no duró mucho.

—Lo siento señorita, no me he presentado, me llamo Sihan.

—Yo, Estela, encantada. Es la primera vez que entablo una conversación con alguien del exterior que no sea de una orden religiosa.

—¿Nunca has salido de aquí?

—Sólo una vez, hace poco —ella le miró, no parecía que quisiera ser monje— ¿estás aquí porque te vas a quedar a vivir?

Él se rió. Al terminar, le respondió:

—Estoy aquí sólo porque mi madre quería entregarle una carta al abad de este monasterio —hizo una pequeña pausa— yo te he visto hace poco, ibas por una calle acompañada de un monje.

—¿De verdad? A mí no me suena haberte visto antes.

Se sentaron a la sombra de un olivo, pues el sol veraniego les quemaba en la piel.

Sihan vio la mancha de nacimiento en forma de estrella en la espalda de Estela y su rostro cambió de expresión enseguida.

—¿Sabes que tienes una mancha en la espalda en forma de estrella? —preguntó él señalándole su espalda.

—Sí, claro que lo sé. Los monjes dicen que sólo es una mancha insignificante, un conjunto de pecas.

—Pues los monjes que te lo han dicho se equivocan.

—¿A qué te refieres? No te entiendo —dijo ella, confusa.

—Me refiero a que esa mancha indica que eres una bruja de Clara Luna. Lo supe cuando te vi pasar por la calle aquel día.

La cara de ella empezó a tener un tono pálido, aunque no se notó mucho.

—Un... una bruja de... de Clara Luna. No puede... no puede ser —Estela tartamudeó.

—Tranquila, aunque todos digan lo contrario, ellas nos protegen, son buenas y ayudan a que el equilibrio se mantenga.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella asustada.

—Mi madre es una bruja de Clara Luna.

—Es broma. ¿Verdad? —preguntó Estela para asegurarse que le estaba tomando el pelo.

—No es broma, tú has sido elegida para proteger la puerta al otro mundo. Reconocería esa mancha en cualquier parte. Esa mancha indica que eres la elegida.

Estela huyó de las palabras de Sihan y se encerró en su celda durante todo el día. A mitad de la tarde, alguien tocó a su puerta; ella no contestó, pero la persona que estaba al otro lado sabía que ella estaba dentro.

—Estela, abre, por favor. Debes escucharme.—La voz era la de Sihan. Ella, al oírlo, no respondió y él prosiguió—. Te llevan buscando desde el día en que la luna casi cubría el cielo. Sin ti, el mundo está perdido. Tú debes volver a sellar la puerta que comunica este mundo y el otro. Para que los dos mundos no empiecen una guerra no deseada.

Ella abrió la puerta y se sentó en la cama.

—¿Por qué yo? Soy feliz viviendo entre estas paredes de piedra, con esta gente que rinde culto a Dios.

Él entró tímidamente en la habitación y cerró la puerta.

—Si la puerta se abre, este mundo y el otro serán un caos.

—No quiero ser egoísta, pero que lo haga una de las otras brujas.

Él se acercó a ella y se puso de rodillas a sus pies.

—Eso no es posible. Aunque lleven la sangre de brujas de Clara Luna, sólo una puede encontrar la Estrella de la Lágrima y controlar sus poderes. Esa eres tú. El destino de este mundo está en tus manos. Piénsalo. Te espero en la puerta del monasterio, antes de que suene la campana que llama a los monjes a matines.

Abrió la puerta y se fue, dejándola sola.

Estela no durmió en toda la noche. Le dio vueltas a si tomaba la decisión de irse y cumplir con lo que le había contado Sihan, o quedarse en el monasterio llevando la vida que llevaba antes.

Eran las cinco de la mañana y el aire soplaba frío en aquella

mañana de verano. Sihan estaba sentado en la puerta junto a su caballo. Empezó a oír a alguien que se acercaba a él, pero sólo era un montón de hierbajos secos que se había hecho una bola y era movido por el viento.

Entonces escuchó chirriar la puerta del monasterio, de donde salía alguien cubierto con una capa marrón como las que llevaban algunas veces los monjes encima de su hábito.

La persona se acercó a él y se quitó la capucha de la capa. Descubrió que era Estela, con cara de no haber dormido mucho.

—Has decidido lo correcto.

—Eso espero. Les he dejado una nota diciendo que estaría bien, que necesitaba irme y que mi corazón estaría para siempre con ellos y con Dios. No quiero que se preocupen por mí, ni que se pongan tristes. Espero que me comprendan.

—Lo harán, estarán bien sin ti, no te preocupes —le animó él, poniéndole una mano sobre su hombro— es mejor que partamos ya, mi madre quiere verte, antes de que vayas en busca de la Estrella de la Lágrima.

Él la ayudó a montar en el caballo y empezaron a cabalgar. Mientras ella estaba agarrada a la cintura de Sihan, miraba tristemente cómo se alejaba del único hogar que había conocido.

Llegaron a la casa de Sihan al mediodía. Estela se había quedado dormida apoyada en la espalda de él. La despertó y la llevó dentro de su casa para que descansara.

Se despertó un poco aturdida en la cama de él, en la que estaba sola. Se levantó, se puso de pie y se dirigió al umbral de la puerta. Cuando se asomó vio una escena que le sonaba a la que había vivido con los monjes: mucha gente comiendo en una gran mesa. La diferencia era que, en vez de monjes, eran niños que, al verla aparecer, se acercaron a ella. Sihan los fue apartando, tendió la mano a Estela y la llevó frente a su madre.

La madre de Sihan era una mujer algo mayor. La observó de arriba abajo. Miró atentamente la mancha en forma de estrella

que tenía en la espalda.

—Tienes toda la razón, es una bruja de Clara Luna y, además, la guardiana.

—¿Guardiana de qué? ¿De la puerta esa de los mundos?  
—preguntó Estela.

—Exacto. Eres la elegida, eres la guardiana de la puerta, pero lo primero que debes buscar es el colgante de la Estrella de la Lágrima y, con él, podrás utilizar tus poderes.

—¿Mis poderes? Yo no tengo poderes —Estela cada vez estaba más sorprendida.

—Aún no, sólo la guardiana obtiene sus poderes cuando entra en contacto con el colgante. Te contaré la historia desde el principio.

Todos los niños se sentaron en silencio a la mesa, para oír a su madre.

—Todo empezó hace muchísimo tiempo. Una bruja de Clara Luna, guardiana de la puerta, decidió que las futuras guardianas llevaran un collar en el que estarían encerrados sus poderes: el poder del agua, el viento, el fuego y la tierra. Estos poderes se pasarían de generación en generación de las guardianas. Una guardiana puede nacer en cualquier familia, sin tener ningún parentesco con una bruja. Un día, el espíritu de una guardiana se corrompió y el colgante se escondió en el monte Selene, cerca de donde se sitúa el templo de la puerta. Hablando de la puerta. La puerta no divide el mundo de los vivos y los muertos, pues eso lo lleva Dios, sino que divide el mundo de los humanos sin magia y el de los humanos con magia, quienes conviven con monstruos. Ahora tu misión es encontrar el colgante y sellar la puerta.

—¿Cómo sello la puerta?

—Eso no lo sé. Al cabo del tiempo, empezarás a controlar tus poderes, y cuando estés lista, tú lo sabrás, tú sabrás qué camino elegir, recuérdalo, tu elección será la correcta.

—¿Cuándo partimos, madre? —preguntó Sihan.

—Será mejor que partáis mañana por la mañana. Las noticias que me han llegado no son muy alentadoras. Recuerda que la debes proteger de Meison, uno de esos despreciables hombres que salieron de la puerta y buscan a Estela para que no selle la puerta.

A la mañana siguiente, muy temprano, empezaron a preparar las provisiones y las demás cosas que necesitaban para el viaje y, cuando terminaron, comieron un poco, se montaron en el caballo y empezaron su camino al monte Selene.

Todo estaba muy tranquilo y el sol ya había salido del todo. Tiempo más tarde, detrás de ellos se podían oír cascos de muchos caballos que se acercaban, pero no prestaron atención, pues ese camino que cruzaba el bosque era siempre muy concurrido y sobre todo en verano.

Cuando ya se pudo oír relinchar a los caballos que estaban cerca de ellos, Sihan echó un vistazo y supo que eran los hombres del ejército de Meison.

Ordenó al caballo que se detuviera, bajó de un salto, tiró una moneda al aire y de la nada apareció una alabarda que cogió con agilidad. Ordenó a Estela que se pusiera a salvo con el caballo mientras él se encargaba de luchar. Ella no quiso, pero ante la insistencia de él, le obedeció.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, se contaba a quince hombres vestidos de negro y uno de rojo y negro.

Todos los que estaban vestidos de negro se pusieron a pelear con Sihan. Los más débiles fueron vencidos rápidamente y, por arte de magia, sus cuerpos muertos, al caer al suelo, se desintegraban volviéndose polvo.

Al final sólo quedó uno, el que estaba vestido de rojo y negro, que todavía no había luchado.

Se apeó del caballo y se dirigió a donde estaba Sihan, sin dejar de mirar hacia donde estaba escondida Estela. Desenvainó la

espada, dio dos pasos hacia atrás y cerró los ojos, pero, al abrirlos, corrió hacia Sihan gritando. Empezaron a luchar. Sus movimientos eran muy rápidos, luchando por todos los lados, menos por donde permanecía Estela, ya que Sihan no dejaba acercarse a ella.

Sihan se distrajo cuando oyó a Estela gritar y vio que un hombre vestido de negro la intentaba tapar la boca y llevársela. Entonces él fue a ayudarla, pero en ese momento el hombre vestido de rojo y negro le hirió en el costado con la espada. La sangre de Sihan empapó rápidamente su ropa. Él se enfureció, empezó a correr rapidísimo hacia su contrincante y entonces le clavó la parte de arriba de su arma en el muslo. El hombre de rojo y negro cayó al suelo dolorido mientras veía como Sihan montaba dificultosamente en su caballo y se alejaba con la joven bruja.

No pararon hasta encontrar un lugar seguro, aunque Sihan no parara de sangrar y estuviera muy débil. Él sólo quería alejar a Estela de ese hombre.

Al final, se detuvieron a la orilla de una cascada próxima al mar. Sihan se desplomó en el suelo inconsciente.

Cuando se despertó vio a Estela curándole, mientras lloraba desconsoladamente. Ella iba y volvía con agua para desinfectar la herida, sin darse cuenta de que él ya había despertado.

—¿Por qué lloras, Estela?

—No estoy llorando. ¿Cuándo te has despertado? —le dijo, poniéndole la mano en la frente para saber si tenía fiebre.

—Hace un rato. Dime, ¿por qué llorabas? —él dificultosamente levantó el brazo para secar una lágrima que resbalaba por la mejilla de ella—. Cuéntamelo.

—Te han herido por mi culpa, si no te hubiera distraído no te lo hubieran hecho. Lo siento mucho. Casi te matan por mi culpa y lo siento muchísimo.

—No tienes que disculparte. No pasa nada, no es la primera

vez que me hieren.

Ella volvió a la orilla de la cascada, donde bebía agua el caballo.

—¡Estela! —le llamó Sihan.

Ella corrió a donde estaba tumbado.

—¿Qué quieres? —preguntó ella mientras le ponía un trozo de tela empapada de agua en una pequeña herida del brazo.

—Donde está la comida, mi madre metió un frasquito verde. Dentro hay una sustancia pegajosa que cura las heridas. Échamela y dentro de unas horas se me habrá curado.

Ella fue a buscar el frasquito y le puso la sustancia pegajosa cuidadosamente. Estaba muy asustada y sus manos le temblaban. Él le agarró las manos para tranquilizarla, pero ella las apartó suavemente y se fue a buscar leña para hacer una pequeña hoguera. Al volver, vio como Sihan se había quedado dormido en su ausencia.

Lo estuvo observando todo el tiempo, culpándose de lo que había pasado; además, no podía dormir porque tenía miedo de los ruidos que la rodeaban y de las criaturas de las que había leído en los manuscritos de los monjes.

Se levantó y fue a mirar su reflejo a la cascada. Junto a su reflejo estaba también el de la luna llena, que parecía que le sonreía. Pero desaparecieron los dos reflejos, pues algo había caído al agua.

Estela empezó a oír ruidos, cada vez más y más cercanos, hasta sentirlos dentro de ella. No se atrevía a mirar, pues pensaba que era el hombre vestido de rojo y negro, y entonces empezó a chillar. Rápidamente, la persona que estaba detrás de ella le tapó la boca para que no gritara, pero ella se la mordió. Se sorprendió al descubrir que era Sihan.

—Lo siento mucho, creí que eras otra persona —empezó a disculparse.

—Ya veo —dijo él, dolorido—. Vaya fuerza, me has clavado todos los dientes, ¿qué haces despierta?

—Tengo miedo y no puedo dormir.

—Ven, duerme junto a mí —le dijo él, ofreciéndose para que ella pudiera descansar.

Siguieron su camino al amanecer. No pararon hasta el mediodía y no precisamente para descansar.

—Hemos llegado. Aquí está la barrera que divide este mundo y la dimensión, donde se encuentra el monte Selene. Sólo pueden pasarla las personas vinculadas con las brujas de Clara Luna, es decir, nosotros —le explicó Sihan a Estela.

—¿Y cómo la atravesaremos? —preguntó ella—. ¿Cómo sabremos que estamos dentro?

—Pasando a través de ella, no hay otra manera, y sabremos que estamos dentro porque en todo el monte hay plantados unos árboles con flores transparentes como el cristal, de un tono rosado, que nunca se marchitan.

—Debe de ser un lugar precioso.

—Y lo es. Bueno, es la hora de atravesarla y recuerda que el tiempo en el monte pasa más rápido que aquí.

Se agarraron fuerte de la mano y empezaron a avanzar. La barrera era muy pesada y les costaba mucho atravesarla, sin contar con las pequeñas descargas que sentían en el cuerpo. Por fin la atravesaron, quedando muy cansados por el esfuerzo, pero ese cansancio desapareció cuando vieron el hermoso lugar que debían recorrer. Sihan sacó de su morral un mapa, que indicaba el camino hacia el árbol sagrado en el que permanecía el colgante. Tuvieron que recorrer mucho camino ese día hasta parar, ya que todavía les quedaba mucho que recorrer. A Estela le empezaron a salir heridas en las plantas de los pies, pues nunca había andado tanto en su vida. Sihan se las curó y vendó delicadamente, aprovechando que ella se había quedado dormida del cansancio, pues no quería que lo hiciera, porque era muy bueno y se ocu-

paba demasiado de ella.

Pasaron días andando sin parar, sólo parando para dormir un poco. El camino se iba haciendo interminable, los días iban pasando y no encontraban el árbol sagrado por ninguna parte. Todo ese tiempo que pasaron juntos hizo que se conocieran bien. Para que el camino no se hiciera tan pesado hablaban sobre cómo había sido su vida. Pero no se atrevían a revelarse sus secretos más ocultos, sin mencionar el secreto que tenían en común, aunque cada vez se hiciera más difícil ocultarlo.

Un día nublado llegaron a la cima del monte Selene, desde allí se veía todo. Sihan miraba y remiraba el mapa, pues allí debía de estar el árbol sagrado, el único que daba frutos, y allí no había ninguno que diera fruto.

Los dos se sentaron al pie de uno de los árboles para descansar. Todo estaba muy oscuro y hacía mucho frío, por lo que hicieron una pequeña hoguera.

—Llevas muy callada todo el día. ¿Te pasa algo? —preguntó Sihan preocupado.

—No, no me pasa nada, sólo pienso —respondió ella, mintiéndole.

—¿En qué piensas?

—En nada en particular. Pienso en el tiempo.

—Te refieres al futuro, yo también pienso en eso.

—A propósito, gracias por hacer todo esto por mí. Me gustaría recompensarte.

Él busca las palabras para expresar lo que sentía por ella y que todo lo que hacía era porque quería, sin recompensa.

—Amar es dar al otro, sin esperar a que la otra persona haga lo mismo.

—Tú, a mí...

—Sí, no hace falta que digas, ni hagas nada.

Los ojos de Estela se llenaron de lágrimas y se abalanzó a los brazos de él. Entonces empezaron a aparecer luces extrañas que les rodeaban, como mariposas de luz o luciérnagas. Las luces empezaron a rodear el árbol que estaba junto a ellos. Entonces en el árbol empezó a crecer su fruto. Aquel era el árbol sagrado. Cuando las luces cesaron de rodear al árbol, una flor, sólo una, brillaba, y dentro de ella contenía la Estrella de la Lágrima. Estela intentó llegar hasta allí, pero estaba demasiada alta para ella. Entonces Sihan la cogió, la miró durante unos segundos y, por último, se la puso a Estela.

Cuando el collar tomó contacto con su cuerpo, empezó a brillar, pero no sólo el colgante, también ella, con una ligera luz rosada, que se desvaneció enseguida. Sihan la volvió a abrazar, orgulloso de haberlo encontrado juntos.

A la mañana siguiente se despertaron antes del alba, se montaron en el caballo y empezaron a cabalgar a toda velocidad para llegar lo antes posible al templo.

Tardaron dos días hasta llegar a la barrera que dividía el monte Selene y el mundo real. Al pasarla, se sorprendieron al ver al gran ejército de Meison esperándolos. Estaba dirigido por Simón, hermano de Meison, su mano derecha y mejor luchador.

Sihan y Estela empezaron a huir montados en el caballo. Cada vez más y más rápido, aunque era inútil huir, pues el ejército estaba cada vez más cerca. Entonces Sihan saltó del caballo empuñando su alabarda.

—Ve tú sola, te esperan, yo me encargaré de todo —le dijo Sihan a Estela.

—No te dejaré solo. Utilizaré los poderes que he conseguido aprender a controlar.

—Tranquila, no me pasará nada; además, no me perdonaría que te pasara algo. Venga, vete —Entonces, él se dirigió hacia su caballo y le susurró al oído: protégela por mí.

Después de estas palabras, él vio cómo se alejaban, mientras se iba a encargar del ejército.

A Estela se le partió el corazón al dejar atrás a Sihan, pero debía cumplir con su misión y tenía fe en que él iba a derrotar a todos él solo.

A medida que se acercaba más al templo, sus murallas se iban haciendo más altas en el horizonte. Cuando llegó a las puertas, estaban cerradas, pero al poner su mano en ellas, se abrieron lentamente. Montada en el caballo, entró dentro de las murallas y entonces fue rápidamente al templo, donde una bruja vestida de blanco la esperaba. Ella se apeó del caballo y se presentó a la bruja, que no dijo nada, sólo señaló hacia el gran pasillo. Estela y la bruja corrieron muy rápido por el largo pasillo, hasta que se pararon en seco: habían llegado a la sala de la puerta. La bruja le indicó que debía acercarse a la puerta y sellarla, pero cuando Estela estaba a pocos pasos de poder tocar la puerta, la sala se llenó de un humo espeso y asfixiante.

Estela no sabía dónde estaba, pues no podía ver ni oír nada. Después de un rato, el humo fue desapareciendo, y cuando casi no había humo pudo ver a Sihan tendido en el suelo lleno de sangre. Le llamó y llamó, pero él permanecía inmóvil. Cuando iba a ir hacia él, fue agarrada por alguien. Entonces fue cuando vio su cara, la cara de Meison. Era el sacerdote del pueblo.

—No me equivoqué el día que te vi con el monje.

—Don Marcelino...

—No soy don Marcelino, esa es mi falsa identidad, yo soy el poderoso Meison.

Ella se soltó bruscamente y fue corriendo hacia Sihan, pero una barrera se lo impidió. Meison se acercó a ella y le susurró al oído:

—Será demasiado tarde cuando quieras salvarle, brujita débil e insignificante.

—Yo no soy débil, ni insignificante. Prepárate a probar tu propia medicina.

Estela empezó a luchar con Meison, pero tenía muy poca

experiencia y sus poderes le jugaban malas pasadas. Mientras, observaba a Sihan tendido en el suelo, inmóvil. El duelo entre los dos no terminó hasta que Estela cayó al suelo por un ataque de Meison, mientras él se reía malvadamente de ella.

—Brujita insignificante, tengo un trato para ti —dijo él, entre risas.

—¿Cuál? Aunque de ti no me creo nada, ni me fío de tus palabras.

—El trato es que no selles la puerta, dejándola como está, y yo te concederé la oportunidad de conocer a tu familia, volver con los monjes y vivir felizmente con tu amorcito.

—¿Y si no lo hago? —quiso averiguar.

—Si quieres sellar la puerta, primero tendrás que matarme, y si lo haces, que es poco probable, nunca jamás podrás estar con ese chico que se está muriendo y estarás para siempre recluida aquí, como una presa, pudriéndote en esta sala para siempre, culpándote de haber dejado morir a ese chico al que amas y de haber renunciado a él.

—¡Cállate ya! ¡No te creo! —gritó ella furiosa.

—No me creas, pero no te estoy mintiendo. En fin... ¿qué decides?

Ella dudó, miró a Sihan inmóvil en el suelo. Nunca había sentido tal alegría como la que sentía junto a él, y si era verdad lo que decía Meison, lo perdería por hacer lo correcto. Entonces, las palabras de la madre de Sihan aparecieron en su mente: «cuando estés lista, tú lo sabrás, tú sabrás qué camino elegir y, recuérdalo, tu elección será la correcta».

Fue en ese momento cuando Estela supo qué hacer, aunque no muy bien cómo. Juntó las manos y cerró los ojos mientras le hablaba Meison, pero ella no lo escuchaba. Ya había elegido el camino que debía coger, pues para ella era el correcto.

Entonces abrió los ojos y empezó a hablar con Meison:

—Ya he elegido, ya sé lo que voy a hacer.

—Dime chiquita, cuál es tu elección. Espero que sea la correcta.

—Lo es —respondió sonriendo— primero, te mandaré a tu mundo, sin tenerte que matar, pues no me gustan los derramamientos de sangre. Después, sellaré la puerta para evitar una absurda guerra y, por último, estaré todo el tiempo que pueda con Sihan, aprovechando cada segundo.

—Bonita elección, qué pena que no sea la correcta. Además, el chico ya está muerto.

En la cara de Estela se dibujó primero una expresión de tristeza y luego una sonrisa inquietante, que a Meison no le gustó. Ella seguía con las manos juntas, esperando el momento de realizar su ataque final. Esperó hasta que él empezó a atacarla, fue entonces cuando ella realizó un hechizo que lo paralizó. Cuando lo paralizó, con una mano hizo que se abriera la puerta del otro mundo, y rápidamente lo tiró hacia allí y la puerta se cerró bruscamente. Ella corrió hacia la puerta, señalando que había sido sellada, pero, al sellarse la puerta, una gran fuerza la golpeó, lanzándola cerca de Sihan. La barrera de Meison había desaparecido, tiempo atrás cuando fue paralizado. En aquel momento, la bruja fue a socorrer a Sihan. Sólo estaba inconsciente y casi toda la sangre que había empapado su ropa era de los hombres de Meison, aunque había sido herido. Cuando Estela fue lanzada por los aires por la fuerza que le golpeó, fue hasta ella y la llevó arrastrando hasta tenerla al lado de Sihan. Vio que ella no respiraba, por lo que puso su cabeza en su pecho para poder oír los latidos, pero no oyó nada. El golpe fue mortal. La bruja buscó una solución en sus libros, antes de que volviera a despertar Sihan y viera a Estela muerta a su lado.

Llevó a Sihan a una habitación con ayuda de otra bruja que había aparecido y le ordenó que lo vigilara mientras ella volvía a la vida a la guardiana. Más brujas ayudaron a revivir a Estela. Minutos después, Sihan se despertó y quiso saber dónde estaba Estela. La bruja intentó detenerlo, pero no pudo. Él corrió por el largo pasillo, hasta que llegó a la sala. Vio a Estela tumbada en

un pequeño altar de piedra con muchísimas brujas a su alrededor. Él supo qué pasaba al ver que el pecho de Estela no se movía al respirar. Una de las brujas le indicó que hiciera una cosa que podía volverla a la vida. Él le hizo caso y lo hizo. De repente, los ojos de Estela se abrieron y se echó a los brazos de Sihan al verlo vivo.

Esta leyenda sólo relata un pequeño periodo de la vida de una de las brujas de Clara Luna, pero ha habido más y el colgante de la Estrella de la Lágrima ha pasado a muchas chicas. Pero... ¿quién será en esta época la bruja de la Estrella de la Lágrima? En la actualidad nadie sabe quién será la próxima bruja de Clara Luna...»

Los tres días que pasó Laura escribiendo esta leyenda fueron horribles para ella porque muchas veces no sabía qué escribir y se quedaba bloqueada. El día anterior a tenerlo que entregar se lo pasó terminando el relato hasta muy tarde, pero mereció la pena, pues fue la persona que más nota sacó con su leyenda *Estela y la Estrella de la Lágrima*.

Lo logró gracias a su esfuerzo y su empeño, y eso lo vio su profesora. Desde ese día le empezó a gustar escribir historias; eso sí, cortas.